

El día 6 de octubre de 2008 se celebra el Día Mundial de la Arquitectura bajo el lema “Arquitectura y niños”. Si en las dos ediciones anteriores la UIA dedicó sus mensajes a “Las ciudades como catalizadores de esperanza” y a la idea de “Transmitir arquitectura de emisión cero” (en relación con el cambio climático), en esta ocasión se enfatiza la concepción del diálogo con la infancia, para transferir la herencia de la arquitectura, en este día, a través de los niños, considerándolos como portadores de la memoria y constructores del futuro.

La conmemoración de este año está dedicada a la memoria del arquitecto Giancarlo Lus, gran amigo de España y candidato a presidente de la UIA, que falleció repentinamente en Turín, durante la XXIV Asamblea General, el 5 de julio de 2008, el mismo día de la elección. Giancarlo Lus había compuesto un poema-cantata que constituye un homenaje a la unión de infancia y arquitectura, relacionando entre sí el sueño de los niños y niñas como arquitectos del tiempo por venir. En esencia, la idea de que el espacio y el medio ambiente que transmitimos a nuestros hijos debe ser tan sostenible y digno, al menos, como nos lo entregaron nuestros padres, es un principio básico de la arquitectura del siglo XXI.

En los niños se encuentra, más que en ninguna otra etapa de la vida, el yacimiento de sueños más grande de la humanidad. Si los sueños son la memoria anticipada del futuro, - “qué soñará el indescifrable futuro”, se preguntaba Jorge Luis Borges -, los niños constituyen, como proyecto y patrimonio de antelación, el gran arsenal de recursos de nuestra sociedad global para dar forma a sus esperanzas de vida, en medio del desaliento por la pérdida de calidad en el entorno de las ciudades.

Las ciudades son un recipiente doble, de emancipación, por un lado, y de frustraciones, por otro. Los niños tienen la sensibilidad suficiente para convertirse en ávidos indicadores de la vida en ellas y alertar de muchos de los problemas que las atenazan, desde la movilidad a la contaminación, desde la precariedad del espacio público a la arquitectura de la calle. Los niños alertan de las tendencias indeseables de la construcción de nuestro planeta urbano. En los países pobres, porque son explotados y maltratados, padeciendo hambre y enfermedades en mucha mayor medida que los adultos. En los países ricos, porque son objeto de deseo del tutelaje despilfarrador y del ciego consumo. En ambos casos, el drama de la infancia urbana consiste en que se suele separar a los niños del suelo, de su entorno urbano, oponiéndolos a la dura realidad y haciéndolos así mayores de golpe. Muchas veces segregamos su contacto natural con el espacio de la belleza, del juego, de la imaginación y del artificio de la arquitectura de su mundo; un mundo que es de otra escala y que, muchas veces, carece de los elementos de calidad arquitectónica imprescindibles para desarrollar la vida en armonía.

La mirada de los niños sobre la ciudad anticipa también la mirada y evaluación crítica de los ciudadanos del futuro, por lo que la comunicación de los niños y la arquitectura, y la de los arquitectos con los niños, constituyen la relación de diálogo más potente entre el proyecto y la obra de las esperanzas humanas, la capacidad de construcción de formas y de ideas y, con ello, el aumento de los recursos de valores, energías, identidades y patrimonios culturales diversos. Giancarlo Lus anticipó el debate desde el punto de vista de los arquitectos: Somos responsables ante nuestros hijos y nietos de la arquitectura, de la mirada crítica sobre nuestra forma de construir; somos responsables de las exigencias acerca de las **escalas humanas** de construcción del espacio social de calidad para todos.

Mirar como ellos, con mirada limpia, nos ayudará a no repetir los errores de la ciudad del siglo XX, un modelo agresivo para la infancia en todo el mundo. **Nuestro objetivo es que la arquitectura sea responsable ante los niños y niñas.** Solo así conseguirá serlo ante toda la ciudadanía que crecerá con las ciudades del siglo XXI.